

Evangelio del miércoles: no es Dios de muertos, sino de vivos

Comentario al Evangelio del miércoles de la 9.º semana del tiempo ordinario. “Estáis equivocados precisamente por no entender las Escrituras ni el poder de Dios”. En la falta de comprensión de las cosas de Dios siempre hay algo de culpa propia. El Espíritu Santo viene en nuestra ayuda para abrir nuestra mente y nuestro corazón a Dios.

Evangelio (Mc 12,18-27)

Después se le acercan unos saduceos —que niegan la resurrección— y comenzaron a preguntarle:

—Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si muere el hermano de alguien y deja mujer pero no deja hijos, su hermano la tomará por mujer y dará descendencia a su hermano.* Eran siete hermanos. El primero tomó mujer y murió sin dejar descendencia. Lo mismo el segundo: la tomó por mujer y murió sin dejar descendencia. De igual manera el tercero. Los siete no dejaron descendencia. Después de todos murió también la mujer. En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será esposa?, porque los siete la tuvieron por esposa.

Y Jesús les contestó:

—¿No estáis equivocados precisamente por no entender las Escrituras ni el poder de Dios? Cuando resuciten de entre los

muertos, no se casarán ni ellas ni ellos, sino que serán como los ángeles en el cielo. Y sobre que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, cómo le habló Dios diciendo: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?* No es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados.

Comentario al Evangelio

Es razonable un sano preguntarse por la vida tras la resurrección. Nos resulta tan misteriosa que el camino más normal para explicárnosla es aplicarle algo de lo que vivimos aquí y ahora. Sin embargo, el mismo Pablo nos recuerda: “ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman” (1Co 2,9). El

Apóstol dice haber sido arrebatado al paraíso y haber oído palabras inefables “que al hombre no es lícito pronunciar” (2Co 12,4). Pero, ¿qué puede entender de las cosas de Dios una persona “carnal”, esto es, una persona que no es aún “espiritual”, que no se deja instruir por el Espíritu? (cfr. 1Co 3,1-3).

Todo lo que aquí experimentamos y vivimos nos dice algo de la vida gloriosa. Y, sin embargo, esa novedad que nos aguarda –“mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5)–, esa gloria, supera por completo nuestra comprensión: “estoy convencido de que los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros” (Rm 8,18). ¿Qué podríamos decir sobre el “hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13)? Y, sin embargo, ¡qué fácil resulta hacer

mezquino lo más grande, hablar con trivialidad de lo más excelso!

Las saduceos plantean a Jesús una cuestión que, en su opinión, reduce a lo absurdo la creencia en la resurrección. Para ello, se basan en la Ley mosaica (cfr. Dt 25,5-6; Gn 38,8). Y Jesús les responde usando la misma Ley para decirles que no la han entendido (cfr. Ex 3,6). Para quien no quiere creer, los textos no son ningún obstáculo, porque siempre se pueden retorcer para hacerles decir lo que uno quiere, obviando otros. El pasaje de hoy trae a la memoria estas palabras: “Pero sus inteligencias se embotaron. En efecto, hasta el día de hoy perdura en la lectura del Antiguo Testamento ese mismo velo, sin haberse descorrido, porque solo en Cristo desaparece” (2Co 3,14). Mirar a Cristo, abrirse a él por la fe, nos transforma. En Cristo vemos la sabiduría y el poder del Dios vivo y

de la vida. Sólo su Espíritu es capaz de abrir nuestro corazón y nuestro entendimiento. ¡Qué importante es tratarle para poder abrirmos a los misterios de Dios y vivir de ellos!

Juan Luis Caballero // Pexels -
Taryn Elliott

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-uy/gospel/evangelio-miercoles-noveno-ordinario/>
(17/02/2026)